



Fuente de nuestra alegría

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La celebración de la Pascua, tiene un alto contenido catequético mistagógico¹, tanto para los catecúmenos que han sido recibidos en el seno de la Iglesia como para quienes celebramos año tras año el misterio Pascual. Esta cincuentena pascual, presenta a todo fiel la oportunidad de identificar en los textos bíblicos que acompañan nuestra liturgia, los primeros testimonios de la comunidad cristiana, con el fin de fortalecernos en la expresión de nuestra fe. Señalando el alcance la celebración de la Pascua, la Iglesia nos enseña:

Hay un doble aspecto en el misterio pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida. Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia. Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: Id, avisad a mis hermanos. Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección. (CEC n. 654)

En la primera lectura encontramos el testimonio de la obra del Resucitado, quien se hace presente en las obras para las cuales capacita a sus enviados. La palabra de los apóstoles es acompañada por sus obras. De la misma manera en que Jesús en su ministerio público suscitaba la adhesión de sus oyentes, así encontramos a Pedro predicando la Buena Nueva en la casa de un pagano, Cornelio, y sabemos que esta predicación conduce a que toda la familia sea bautizada. Vemos aquí la gran novedad del cristianismo, la salvación no está destinada sólo al pueblo elegido, sino que se ofrece a todo el que crea, así se puede ver como la Resurrección permite que los apóstoles, asistidos por el Espíritu santo entiendan lo anunciado en las Escrituras: "El testimonio de los profetas es unánime: que cuantos creen en él reciben, por su medio, el perdón de los pecados" (Hch 10,43). En la exhortación apostólica sobre la alegría cristiana, el Papa Pablo VI decía:

¹ La catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es "mistagogia"), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los "sacramentos" a los "misterios". (CEC n. 1075)



El Señor quiere sobre todo hacernos comprender que la conversión es una puesta en marcha, una promoción en la verdadera libertad y en la alegría. Es respuesta a una invitación que proviene de Él, amorosa, respetuosa y urgente a la vez: «Venid a mí cuantos andáis fatigados y abrumados de carga, y yo os aliviaré. Tomad y cargad mi yugo; haceos discípulos míos, pues yo soy de benigno y humilde corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas» (Gaudete in Domino n.51)

La Resurrección del Señor, base de la predicación apostólica, se une perfectamente a la predicación de Jesús al inicio de su ministerio, en donde anunciando la presencia del Reino invita a la conversión. Así que la alegría de celebrar la Pascua, alienta a los fieles a no perder de vista su deseo de acogerse siempre a la Misericordia divina. El Señor Jesús que ha vencido la muerte y el pecado, es el mismo que vendrá cómo juez, así Pedro insiste: “Cristo nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos” (Hch 10,42).

Para hacernos partícipes de la victoria de Cristo, necesitamos unirnos a Él, asumiendo nuestro discipulado, revistiéndonos de su gracia, como ocurre en nuestro bautismo. Al sumergirnos en las aguas bautismales, presentamos ante Dios nuestra intención de unirnos a Cristo para poder llevar a cabo su plan de salvación, de esto nos advierte San Pablo, al decir: “Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios” (Col 3,2-3).

Estas expresiones nos permiten entender la manera en que conformamos místicamente el Cuerpo de Cristo, ya que como Iglesia, todos sus miembros nos reunimos para manifestar de palabra y obra que Cristo ha resucitado. Los signos que nos relata el evangelista san Juan, para detallar la tumba vacía, se convierten en un testimonio que tiene por objeto señalar que la Resurrección de Jesús, no es un engaño. Es elocuente en este sentido la expresión de María Magdalena antes del encuentro con el Resucitado: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto” (Jn 20,2). Seguida por la descripción de la posición de los lienzos y la ausencia del cuerpo, prueba de que Jesús ha sido liberado de la muerte: “vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos” (Jn 20, 9)

La resurrección de Jesús es el sello puesto por el Padre sobre el valor del sacrificio de su Hijo; es la prueba de la fidelidad del Padre, según el deseo formulado por Jesús antes de entrar en su pasión: Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique. Desde entonces Jesús vive para siempre en la Gloria del Padre, y por esto mismo los discípulos se sintieron arrebatados por una alegría imperecedera al ver al Señor, el día de Pascua. (Gaudete in Domino n.27)